

Bajo el libre albedrío

Rebeca Monroy Nasr

Emma Yanes Rizo, *Araceli. Nicaragua, 1976-79: Libertad de vivir*, México, Itaca, 2008.

Este es un libro que muestra la toma de decisiones de una joven psicóloga que creció en el ámbito de la vida albergada en el seno de una familia española, de los pocos franquistas que llegaron a México en los años cuarenta, buscando mejores condiciones de vida.

Emma Yanes narra la vida de Araceli Pérez Darías, quien creció en una familia forjada en el seno del catolicismo, bajo la mirada de las monjas en su educación básica y secundaria, que infundieron en ella el amor al prójimo que la llevó a las posteriores decisiones de su vida. El entorno familiar que dio vida a la semilla de su inconformidad se manifestó desde niña, cuando su hermana fue diagnosticada con una enfermedad severa, mientras sus otros dos hermanos varones la acompañarían el resto de su niñez y juventud. El padre deja España para encontrar mejores fuentes de sustento en el México industrializado. En ese ámbito creció la joven Araceli, que optó por la carrera de psicología en la Universidad Iberoamericana, donde tuvo sus primeros contactos con

las nuevas propuestas de la salud mental, bajo las corrientes anti-siquiátricas en boga, así como a las propuestas que buscaban vincular a Freud con Marx con respecto a la salud pública.

Su deseo de cambio sustancial en la forma de vida plácida que tenía, en contraste con las condiciones de vida que se perneaban en estos países latinoamericanos bajo yugos dictatoriales, además de lo que la *guerra fría* aportaba en su incoloro alto contraste, trasmutó poco a poco a la joven psicóloga que trabajaba para el Hospital Español. Yanes Rizo nos lleva de la mano de quienes conocieron a Araceli entre 1976 y 1979, de la historia oral como instrumento documental, guiándonos desde su amor por un hombre casado, el ser una mujer soltera que se atrevió a vivir sola y mantenerse, para allegarnos a los amigos del círculo de lecturas marxistas, que de ser militantes clandestinos teóricos la conectaron con los guerrilleros sandinistas de aquellos arduos años de lucha cuerpo a cuerpo. Mientras su núcleo familiar también se desconfeccionaba en el camino.

Gracias a la manera en que la autora armó su historia, al recuperar a su personaje principal le da forma a muchos más. Sin descuidar en la narración su formación inicial de historiadora, Yanes

documenta, presenta, argumenta y forja a cada personaje en su tiempo y de manera muy atractiva. De tal suerte que, como en los programas de televisión documental que ahora presentan la entrevista histórica, Yanes nos lleva de voz en voz, de manera cronológica y muy ágil, reconstruyendo esa historia de fuertes colores y con grandes planos de los eventos sociopolíticos, que permiten la visualización de la época, los personajes, sus carencias, sus creencias religiosas, los matices en la militancia de izquierda, que van desde los teóricos espartaquistas hasta los pragmáticos maoístas; también se entretienen las condiciones de esa vida cotidiana que le dan color a la historia, donde se observan los amores profundos, desamores a cuestas, las formas de captación de los militantes entre los simpatizantes, las figuras de cierta militancia clandestina, los sobrenombres, las claves de vida, la confianza en el prójimo, la dureza de principios, la deslealtad, la traición y finalmente la muerte.

Por todos esos matices pasan las historias que conforman la vida de Araceli, como símbolo de muchas vidas más que quedaron en el camino y de las que nada o poco se sabe. Sí, de aquellos que dejaban sus vidas en el perchero familiar para retomar otro nombre, otra ac-

tividad y otra forma de vida poco convencional, causada por la actitud déspota, autoritaria y aniquiladora de las dictaduras en América Latina. En el texto se observa más de una vida dedicada a la militancia clandestina, rebelde y guerrillera, donde la contradicción se castigaba, en que la indisciplina no tenía cabida, en que las familias más entrañables se establecían no por lo genético sino por lo ideológico, en los grupos de estudio y en las células de trabajo político. Cuando el enemigo se amparaba en Estados Unidos, haciendo de esos países algo más endeble y frágil en su población. También el espíritu antiimperialista animaba las causas terribles de esos jóvenes combatientes.

La historiadora también presenta la manera en que México se involucró con otros países y apoyó los movimientos guerrilleros desde el ámbito oficial, como lo fue la presidencia de López Portillo desde 1976, al brindar dinero, armamento, aviones y preparación militar (p. 78). Admirable saber que mientras apoyaba el gobierno al prójimo, aquí disparaba a muerte sobre su oposición. Importante, y poco común, es conocer la manera en que una joven podía involucrarse en un movimiento tan fuerte y contundente, en una especie de ayuda misionera, pero también nos muestra cómo un buen número de militantes del Frente Sandinista de Liberación Nacional provenía de cepa católica.

Todo lo que documenta Yanes es novedoso y muy claro en su forma de presentación. Su estilo narrativo podría ser llevado a escena, a un teatro o cine experimental, a un

programa de radio, es nada menos que un capítulo paradigmático sobre la suerte de miles de mexicanos que han pasado por esos caminos inexpugnables. Conocer los colores del personaje, su personalidad, su sonrisa constante, su capacidad de guiar, liderar y obedecer, son elementos que emergen también de la vida cotidiana, pero que al tejer esa red de información sobre los parientes, amigos, amante y conocidos de Araceli —mejor conocida como *Argentina*, *Tere* o *Pilar*— nos da la pauta para conocer a fondo, y desde un nuevo ángulo, la historia de nuestros países, pero también la historia de las mentalidades de la militancia política, militar, orgánica y social que se ha practicado por años en Latinoamérica. Una historia que tiene mucho que relatar y personajes anónimos por rescatar. Las desazones, las formas de trabajo, la manera de generar escuelas, cuadros políticos, de ahondar en las discusiones, de vivir a salto de mata, de resorteear para sobrevivir, de mal comer, de mal dormir, de entrenar a la población civil y recibir su ayuda desinteresada, todo ello emerge entre las líneas de un trabajo profundo, documentado y bien estructurado.

Las voces surgen cada una en su temporalidad histórica. Es la voz de Emma quinceañera la que abre el texto, es la voz de Emma mujer con su madre —amiga entrañable de Araceli— que muere de cáncer y le deja a la autora una herencia de pasiones y amores que se sostienen en el tejido de la red del equilibrio que genera y resuelve en este libro. Porque sin este soporte la autora no hubiera sostenido su discurso histórico, cronológico, de vi-

da aunado a la historia oral, de una historia político-militar de una joven psicóloga que no llegó a ver Nicaragua triunfante en julio de 1979, pero que como la autora nos hace ver, realizó un importante esfuerzo y abrazó solemnemente su muerte del 16 de abril de ese año, para que fuera factible esa realidad.

Algunas cartas de mano de Araceli, otros manifiestos leídos en reuniones académicas, periódicos de la época, acompañan las voces narrativas, pero la fotografía también está presente. A pesar de que sólo hay tres fotos incluidas en el libro, dos retratos de ella, uno de 16 años, otro ya en la guerrilla nicaragüense. Está también aquella otra simbólica del tanque, al que le dieran su nombre una vez que Araceli cayó en manos de los somocistas, quienes la torturaron, violaron y mordieron su frágil pero sólido cuerpo, todo el libro es muy gráfico. Araceli se llamó el tanque que entró triunfante en Managua ese 19 de julio, Araceli en nombre de la combatiente que dedicó sus últimos tres años a vivir en la clandestinidad y en las condiciones límite de la vida.

¿Qué habría sido de Araceli, alias *Argentina* en México, *Tere* en Honduras, *Pilar* en Nicaragua, sobreviviente un par de meses más, para ver el triunfo de la revolución sandinista por encima del somocismo, familia que se mantuvo en el poder desde 1935 hasta 1979? Nadie lo sabe, tal vez ni su amiga Emma Rizo, ni su vecina Emma Yanes, ni su pareja Joaquín Cuadra Lacayo alias *Rodrigo*, tal vez ni ella misma lo sabía con certeza, aunque anunció meses antes su intención de acercarse a la labor guerrillera en El Salvador una

vez que triunfara el sandinismo. Su dedicación de vida, su entrega absoluta, su dolor al partir, al ver a los niños sufrir, a sus amigos morir, al verse ella misma en manos de los soldados somocistas en una redada tramada por una traición... el llanto de Araceli poco antes de morir, ya en manos del enemigo, recuerda la foto narrada por la autora Yanes, que colgaba en su departamento de soltera, aquella que su madre recuperó un año después de su muerte en un homenaje a la combatiente.

Araceli, la historia de una mujer que en los años sesenta se enfrentó a su padre conservador, a su madre ama de casa católica, que arremetió contra un futuro seguro y dejó

que la vida la llevara por los rumbos de reponer ese dolor humanitario, al que ella llamaba felicidad. El encuentro con ella misma, la capacidad de despojarse de sus deseos remotos y satisfacer su más grande anhelo de cambio a pesar de dejar en ello su vida.

Araceli. Nicaragua, 1976-79... es un libro que merece ser leído por su trabajo con las letras, por su tono humanitario y coloquial, por mostrar las redes de vida clandestina, de aparatos de funcionamiento interno en la guerra de guerrillas, pero sobre todo por mostrarnos que la vida no vale nada si no la sabemos vivir.

El libre albedrío de Araceli la llevó a elegir; no sabemos qué me-

canismos operaron en su interior para hacer esta elección, un ejemplo doloroso de lo que las dictaduras generan al cerrarse los canales de diálogo y negociación. Un paradigmático encuentro con el pasado, que nos muestra la lección histórica para no repetir nuestros errores y andar sobre nuestros pasos, para saber transformarnos en algo mejor sin que la violencia medie, desgaste, rompa, torture y nos lleve al límite de las posibilidades vitales de una sociedad. Un libro para que los detractores de la democracia lo lean y comprendan los altos costos sociales y políticos de no escuchar las voces, éstas del pasado aunadas al presente, con un futuro prometedor.

La edad de la inocencia

Alberto del Castillo Troncoso

Delia Salazar y María Eugenia Sánchez Calleja (eds.) *Niños y adolescentes: normas y transgresiones en México, siglos XVII-XX*, México, INAH (Científica), 2008.

Los niños y los jóvenes han tenido una presencia importante en las distintas culturas y sociedades a lo largo de la historia. Sin embargo, no ha sido sino hasta hace relati-

vamente poco tiempo que los historiadores y otros científicos sociales, en particular los antropólogos, han elaborado un mirador muy particular para observar y analizar las maneras en que los adultos han construido una plataforma cultural para referirse a estos menores y han confeccionado toda una serie de prácticas políticas y culturales para nombrarlos con su perfil y características específicas, que los distinguen de los adultos.

La conquista política y cultural en torno a los derechos de los me-

nores intenta preservar sus garantías individuales dentro de sociedades cada vez más complejas que continúan explotándolos, manipulándolos y abusando de ellos en pleno siglo XXI.

En las últimas décadas han surgido trabajos importantes que han rescatado el perfil de niños y adolescentes obligados a vivir en condiciones adversas en las centurias pasadas. Vivian Selizer estudió la forma en que Europa y Norteamérica revalorizaron el concepto de infancia en las condiciones del